

Me acerqué a Cáritas movido por la inquietud de ayudar a los necesitados. En mi caso, esta inquietud se apoyaba en mi condición de católico practicante, ya que pienso que no es posible serlo sin un compromiso con los débiles. Se me propuso colaborar con los programas de atención a jóvenes inadaptados, emigrantes y con problemas de drogadicción.

La opción era arriesgada por la diferencia de edad y mi falta de experiencia en su trato. Mi colaboración ha sido mínima; compartir con ellos unas horas por semana, luchando a menudo por superar los problemas de comunicación, tratando de acertar en el manejo de su frágil psicología, procurando ayudarles sin causarles daño.

En casi dos años he conocido a muchos. Los recuerdo a todos, no sus nombres, algunos borrados de mi memoria, pero sí sus rostros, sus problemas, sus ilusiones. Me he alegrado de verlos salir del pozo y adaptarse a las nuevas etapas que se abrían ante sus vidas, me he entristecido al verlos fracasar, al saber que, por su comportamiento o su debilidad, la semana siguiente no los iba a ver.

A veces me pregunto por mi tarea de voluntario. ¿Aporto algún beneficio a estos muchachos llenos de problemas? ¿Aburrimento con Coca-Cola? ¿Un simple paseo? ¿Consejos bien intencionados que han escuchado cientos de veces? En la mayoría de los casos he podido apreciar su afecto personal y esto me anima a pensar que no es estéril. Que vale la pena. De una sola cosa estoy seguro. Mucho más de lo que yo les puedo aportar, están ellos aportándome a mí .